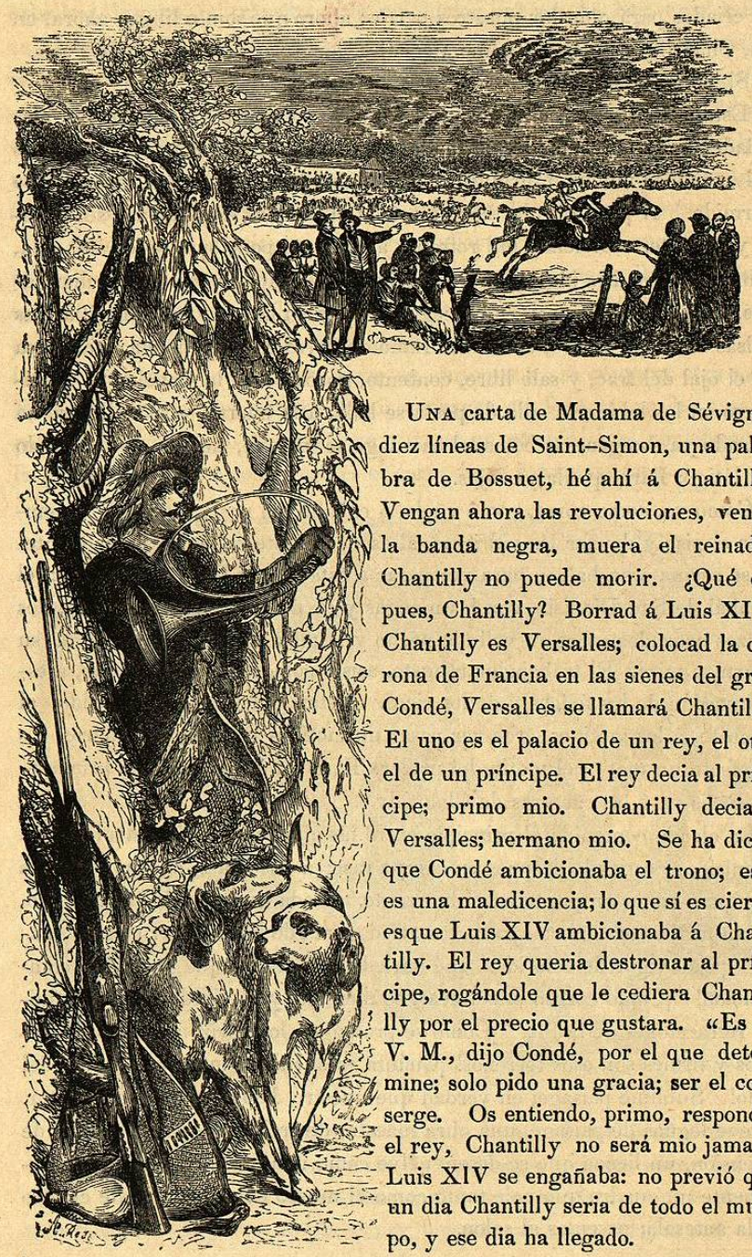
CHANTILLY.



Una carta de Madama de Sévigné, diez líneas de Saint-Simon, una palabra de Bossuet, hé ahí á Chantilly. Vengan ahora las revoluciones, venga la banda negra, muera el reinado, Chantilly no puede morir. ¿Qué es, pues, Chantilly? Borrad á Luis XIV, Chantilly es Versalles; colocad la corona de Francia en las sienes del gran Condé, Versalles se llamará Chantilly. El uno es el palacio de un rey, el otro el de un príncipe. El rey decia al príncipe; primo mio. Chantilly decia á Versalles; hermano mio. Se ha dicho que Condé ambicionaba el trono; esto es una maledicencia; lo que sí es cierto, es que Luis XIV ambicionaba á Chantilly. El rey queria destronar al príncipe, rogándole que le cediera Chantilly por el precio que gustara. «Es de V. M., dijo Condé, por el que determine; solo pido una gracia; ser el conserge. Os entiendo, primo, respondió el rey, Chantilly no será mio jamas.» Luis XIV se engañaba: no previó que un dia Chantilly seria de todo el mundo, y ese dia ha llegado.

Ahora que ya no hay en Francia ni grandes fortunas, ni grandes señores; ahora que todos tenemos perros para guardar nuestras casas, en lugar de criados para guardar nuestros perros; ahora que somos libres; ahora, en fin, Chantilly es nuestro, como Versalles, como San German, como Paris.

Sì, ciertamente, Chantilly es nuestro; miradlo.

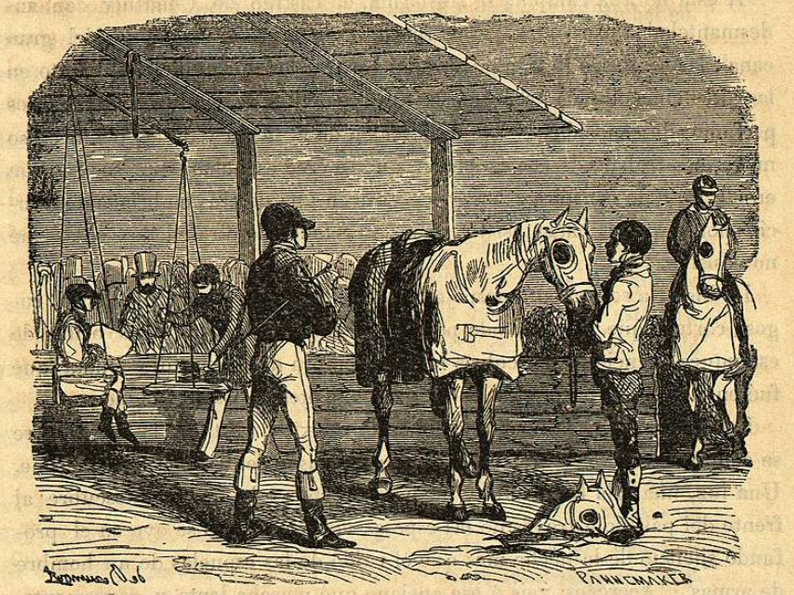
Estamos en mayo; el azul opaco del cielo comienza á despedir las claridades de la mañana: despierta Paris abrumado todavía por los vapores del sueño, se mueve, murmura unas cuantas palabras; parece un gigante dormido. A poco rato ha sacudido toda la pesadez de la noche, se levanta y se viste. Diciendo mil refranes alegres, se pone sus trages de gala, limpia su frac á la inglesa, fija los acicates de plata en sus botas charoladas, se ajusta el corsé y los borceguìes, toma su látigo y su sombrilla, sus bolsas las llena de oro, coloca un ramo de flores en su pañoleta, una rosa en el ojal del frac, y sale libre, contento, gozoso, con la cancion ó el cigarro en los labios; la silla de posta se halla á la puerta, el postillon se ha calzado ya sus gruesas botas, el carruage se mueve, suena el chasquido del látigo; Paris queda ya léjos.

Como va, como corre, como vuela, á caballo, en posta, haciendo retemblar el piso y danzar las vidrieras, al escuchar este ruido, la ciudad entera se asoma à su balcon para ver pasar á este alegre Paris que la deja: el arrabal de San Dionisio, con las mangas y el delantal arremangados, los brazos cruzados sobre su velludo pecho y la pipa en la boca, està á su puerta y mira. El trabajador robusto, asiste como espectador mudo, á esta invasion de los felices y de los ricos. Estando habituado al ruido, al tumulto, á los motines, cree ver pasar un motin á caballo, y se sonríe. Es en efecto un motin; el motin del placer, Paris va à inaugurar la primavera, Paris va á las carreras de Chantilly.

La oleada contenida al principio entre las altas casas del arrabal de San Dionisio, se estiende despues en campo raso; á poco rato, apénas se divisa la cúpula como un punto en el horizonte. Nada es tan bello, ni tan rico, ni tan fértil, como el campo de los alrededores de Paris en el mes de mayo. ¡Qué vigor de coloridos, qué variedad de estilos, qué grandiosa composicion! ¡Cómo corren esas líneas, se mezclan y se pierden en las infinitas refracciones de la luz! ¡Cómo se prolongan los horizontes! ¡Cuàn sólidos y firmes son esos terrenos! ¡Cuánta es la trasparencia y la fluidez del cielo! Sublime paisage; en verdad que nuestro Dios es un gran pintor. Nueve leguas de paisage, una obra maestra de treinta y seis kilómetros de estension, un lienzo que se desenvuelve como una bola de hilo, hé ahí ciertamente un cuadro que vale tanto como el museo del Louvre: este cuadro es la antesala; pasemos al salon.

Ese lago de verdura que tan magestuosamente se estiende á nuestra vista, es la tierra pastal de Chantilly, es el hipódromo, es el salon de los caballos: despues del tránsito de la revolucion por allì, no hay otro salon en Chantilly. Y eso que se descubre mas adelante, cuya base se oculta en la olorosa yerba, esa línea blanca, alta, brillante, ese trozo de mármol que tiene las proporciones colosales de un palacio, es la caballeriza, la recámara de los caballos. Los caballos, hé ahí la sola tradicion viva que une el presente al pasado: las carreras de Chantilly son por lo ménos una fiesta, y la historia de Chantilly no se debe escribir sino con fiestas.

Paris lo sabe; á la primera señal corre allá; pero dadme una fiesta, os lo suplico, á la que Paris no corra en el momento que se le llama. Paris es á un tiempo el espectador famoso y el actor indispensable. Quiere ver y ser visto; siempre y por siempre paga con su persona: se enloquece con las carreras y con los caballos; tiene un club que no se ocupa en otra cosa. Esperad un instante y veréis á Paris arriesgar su fortuna en las cuatro patas de un caballo, ó aventurar su vida en un *steeple-chase* por ofrecer à la admiracion de los concurrentes el corte de su casaca de raso.



Traen los caballos; los *jockeys* los pasean, esperando los preliminares indispensables de la carrera, la pesada de los ginetes y de las sillas; los jueces del campo se reunen en su tribuna; allá se encuentra reunida la porcion mas selecta de la juventud parisiense; bigotes rubios mezclados con cabe-

llos canos. ¿Qué quereis? La juventud es tan larga hoy, que se tiene tiempo para envejecer sin dejar de ser jóven. La campana suena, y es la señal que esperan los jockeys.

Al escuchar el sonido, toda esa multitud que cierra el cuadro, se agita y se estrecha; va á comenzar la lucha; ginetes y caballos están ya colocados en sus respectivos lugares. Ya van á partir, ya parten, ya partieron!

A esta carrera succede otra, y despues una tercera. El dia declina y es preciso pensar en la partida. Dentro de pocos instantes no quedarà de toda esta multitud animada y estrepitosa, de todo este aparato, de todo este ruido, mas de algunos gastrónomos que se quedan atràs, bebedores insaciables que creen que no hay fiesta completa faltando el champaña, y para los cuales Chantilly es un ausiliar del café de Paris. Insensiblemente se desprende la última caleza, la última luz se estingue, y la luna descolorida y melancólica se remonta por el azul trasparente del cielo. Hénos aquí solos en Chantilly, solos con lo pasado, que se va alumbrando lentamente á los ojos de nuestro espíritu, y à modo de un paisage, se reviste de formas vaporosas y grandiosas, á las claridades fantásticas de la luna.

A esta hora la campiña se trasforma, el castillo de Chantilly con sus desmanteladas torrecillas que se retratan en las tranquilas aguas del gran canal; las sombrías profundidades del bosque; los murmullos del viento en las altas cimas de los àrboles; esos mil accidentes de sombra y de luz, esos perfumes desconocidos que se desprenden de la tierra y de las plantas; ese misterioso trabajo de la vegetacion, que se cree escuchar, que se escucha en efecto, todo conspira á haceros entrar en una de esas embriagantes alucinaciones que os hacen asistir, como espectador de otra edad, á cosas que no ecsisten.

La historia se presenta despojada de su tosca envoltura cronológica, rugosa corteza que le quita toda poesía. Sentados entónces á la orilla de estanques silenciosos, descubrís la gran sombra de ese castillo feudal que fué en el siglo X la morada de los descendientes de Carlo Magno

Escuchad; suena la media noche en el relox del castillo; la vieja torre se confunde en la sombra con los negros macisos del bosque; todo duerme. Una luz, una sola luz pálida y medio cubierta es la que se descubre al frente del palacio á través de las espesas vidrieras. No se oye en el profundo silencio de la noche mas que el ruido de las espuelas de un hombre de armas. Acercaos; veis á ese anciano que marcha lenta y gravemente, cuyo semblante hace que se vea en él la màscara de mármol de la estatua del comendador en el *Festin de Piedra.* Este hombre, gigante, guarnecido de fierro, es el viejo condestable Anne de Montmorency, que está de centinela á la puerta de su honor.

El rey Francisco I, *ese rey consagrado caballero por Bayard,* el ilustre vencido de Pavía, acaba de ceder el paso á su vencedor el rey Cárlos V, emperador de Alemania. Paris ha celebrado fiestas para recibirlo; pero el rey de España ha tenido miedo de esas fiestas y de esa alegría: apénas se atreve á confiarse á este vencido de la víspera, que podria desplegar en el momento una fácil y cruel venganza. Cárlos V, que gobierna á la política, no comprende nada del honor de ese rey de Francia que manda á la caballería, es decir, á todo corazon noble, á todo noble pensamiento, á todo noble valor: Cárlos V teme á Francisco I en Fontainebleau; teme à su huésped en el palacio del Louvre; se refugia en Chantilly, y el condestable vela dia y noche al umbral de su huésped coronado, de ese rey Cárlos V que ha ecsigido á aquel por rescate sumas fabulosas: ciento cincuenta mil escudos de oro, el precio de una provincia.

¿Quién es ese otro, vestido de negro, que permanece inmóvil y tiene en una mano su cabeza que chorrea sangre, con la que está enrojeciendo el césped? Es Enrique de Montmorency, decapitado en Tolosa por causa de rebelion. Fué el último de esta casa que poseyó la tierra de Chantilly. Su sangre sirvió para reavivar la púrpura del cardenal de Richelieu.

Confiscado Chantilly por Luis XIII, puso el rey esta sortija en el dedo de Enrique de Borbon, padre del gran Condé. Situado entre dos bosques, el de Chantilly y el de Dalatre, es un diamante guarnecido de esmeraldas; alhaja verdaderamente real que no debia degenerar cambiando de manos.

Por lo que hace al orígen de Chantilly, nada nos importa; es una cuestion de fecha que no nos empeñamos en oscurecer con nuestras luces; podriamos, como cualquiera, unir nuestras suposiciones à todas las que se han hecho sobre este punto. Bien sabemos que la genealogía de este castillo data de los primeros siglos de la monarquía francesa; que perteneció en 974 á Hébert, conde de Senlis, y que por muerte de este pasó á ser el propietario Rotholis de Senlis, señor de Chantilly y de Ermenonville. No ignoramos que, á principios del siglo XI, los Bonteiller, condes de Senlis, lo poseìan todavía, y que en 1360, Guillermo, sesto de ese nombre, cedió su tierra de Chantilly al Señor de Esquerie. Desde entónces salió esta propiedad de la casa de Senlis. En el mismo año el Señor de Esquerie lo regaló á Juan de Laval, Señor de Attichy: veinte años despues, Guillermo Bonteiller hizo adornar el castillo de Chantilly, y construyó una capilla, en la que fué enterrado. El 28 de Mayo de 1386, lo vendió Gui de Laval á Pedro de Orgemont, por una suma de 8.000 libras tornesas; y en fin, habiéndose estinguido los descendientes varones de Pedro de Orgemont, la tierra de Chantilly pasó por matrimonio á la casa de Montmoren-

cy. Gracias à Dios que no es de nuestra incumbencia indagar la antigüedad de Chantilly. La historia, en nuestro concepto, estriba mas en la filosofía de los hechos que en la precision de las fechas. Un gran nombre dice mas en la historia de una casa, que diez siglos de la mas antigua oscuridad.

Así es que Chantilly comienza verdaderamente en el condestable Anne de Montmorency; á él se deben los primeros embellecimientos de esta tierra; él fué quien trazó esas hermosas calles que tienen una legua de largo y van á parar á centros comunes. Pero la vida activa y ocupada del viejo condestable no le permitió consagrar mucho tiempo y cuidado á estos pacíficos trabajos: preferia los rigores del campo de batalla, á las dulzuras de una vida tranquila, y no dejó otras huellas de su paso por Chantilly, que la grande avenida que lleva su nombre y el punto en que hacian alto los cazadores, situado en medio del bosque, y nombrado la Mesa ó la Encrucijada del condestable.

Francisco de Montmorency dió fiestas brillantes á Cárlos IX, en su tierra de Chantilly; Enrique IV tuvo muchas veces en ella de visita á Enrique duque de Montmorency: pero bajo los Condé llegó á ser lo que se ha visto despues. Luis de Borbon, por sobrenombre el gran Condé, hizo un cambio completo en Chantilly; el castillo fué reparado por Mausard, el arquitecto de Versalles. Lenôtre habia trazado los jardines de Versalles, y Chantilly tuvo tambien sus jardines trazados por Lenôtre; jardines encantados en que se pasearon tantas veces Molière, Bossuet, Racine, Boileau, Santeuil, Bourdaloue. En estas reuniones literarias en que se encontraban los mas grandes talentos de aquel tiempo, se despojaba Condé de la magestad del héroe, para convertirse en un razonador erudito y profundo. Muchas veces se picaba con las reflecsiones satìricas de Boileau, y en alguna ocasion de estas, la sangre del soldado subia á la cabeza del gran señor. En tales circunstancias Bossuet conservaba su calma y su fria sonrisa; Racine bajaba suavemente los ojos, y la borrasca pasaba, no alcanzando en su impetuosidad mas que al irascible y tenaz contradictor.

Un dia se espantó de tal modo Boileau por una de esas tempestades súbitas, que inclinándose al oído de Bossuet, le dijo en voz baja: «de hoy en adelante convendré en opinion con el príncipe, siempre que no tenga razon:" pero en primera oportunidad se olvidó de su promesa, como el príncipe habia olvidado su arrebato de cólera.

Acabamos de nombrar à Santeul; este fué, en efecto, el comensal constante del príncipe de Condé, el huésped privilegiado de Chantilly: estaba unido á esta casa, como el árbol al suelo. Los jardines, el parque, el bosque, están llenos de los recuerdos de M. de Santeul, la fina flor de los poetas de buen humor. Es increible la cantidad de versos latinos y franceses que las nàyades, los fáunos, los sàtiros y las ninfas de Chantilly inspiraron á M. de Santeul. Ya gravaba sus versos sobre la corteza de las hayas, con una aguja de oro desprendida de los cabellos de la Señorita de

Clermont, ya los escribia en su libro de memoria. Sin este, no habia entónces poeta; se reconocia à un poeta por su libro de memoria, como á un abate por su pequeño cuello, como à un gran señor por su carroza. Volviendo á M. de Santeul, él era el primer entusiasmado por sus versos, al estremo de que, cuando habia hecho cosa de su agrado, decia, en el parasismo de su delirio, que iba á hacer que echasen cadenas á los puentes, por temor de que los otros poetas, al pasar, se arrojaran al rio desesperados de no poder hacer versos tan buenos como los suyos. Sus impetuosidades lo hacian con frecuencia ridículo á los ojos de muchos. Ya provocaba al uno, ya injuriaba al otro, ya se burlaba de este, ya de aquel; corria, se agitaba, movia rápidamente los ojos y hacia gestos como de hombre que ha perdido la razon. Muchas veces lo reprendieron sus contemporáneos, sus amigos y su hermano; pero él no respondia. Al principio se pensó que el demonio de la poesìa se apoderaba de él en esas horas de fiebre, y tomaron entónces el partido de no hablarle una sola palabra; pero cierto dia, en uno de esos instantes de espansion que tienen los hombres, abrió su co-